

Como anticipamos en el editorial, hoy nuestra revista publica un fragmento del enorme poeta y cronista Salvador Novo. Pocos como él han sabido hablar de la nueva grandeza mexicana. Páginas y páginas memorables salieron de su pluma ingeniosa y bella. Ahora ofrecemos un trozo de un libro llamado *Los paseos de la Ciudad de México*, publicado en 1974 por el Fondo de Cultura Económica, en una serie ya desaparecida, *Testimonios del Fondo*. Se trató de un trabajo que de alguna manera el cronista dejó inconcluso. Vale la pena leerlo y, desde luego, conservarlo. Como bien dice la presentación de la obra, fue “uno de los últimos libros escritos por quien pasa a figurar entre los más brillantes, asiduos y exactos relatores de sus peripecias (las de la ciudad), alborozos y alborotos”. Novo fue un hombre contrario a la destrucción innecesaria de los palacios y monumentos, de las calles y plazas de nuestra señorial ciudad. La pobre ha pasado de ciudad de los palacios a marcha urbana con ambulantes por doquier. Es nuestro deber saber qué hemos perdido para evitar que la destrucción prosiga.

El Búho

El Paseo de la Reforma

Su majestad el emperador se había levantado, como de costumbre, a las cuatro de la mañana acordado con su secretario privado a la luz de un candelabro que fue palideciendo conforme entraba, en puntillas, lo claridad primero rojiza, dorada luego, del día. Un criado moreno, mudo como una sombra, sirvió a su majestad una taza de café cuando en el gran reloj sonaron las siete. Su majestad se incorporó, salió del despacho, llegóse hasta la gran terraza donde le aguardaba el caballerango. Montó, partió. Como todos los días, cabalgaría hasta las nueve –hora del aseo y del almuerzo con Carlota.

Ahora paseaba, por la terraza oriental del Castillo. Carlota había bajado al Bosque a recorrer las calzadas, dar órdenes, admirando la corpulencia y la altura de los viejos árboles decorados de heno, por él encanecidos. Fue ella quien contó a su augusto esposo que ahí en las peñas, abajo del Castillo, había una especie de toscos camafeos con los rostros estilizados de los emperadores aztecas, según explicación que le dieron

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

SALVADOR NOVO

don José Fernando Ramírez y don Faustino Galicia Chimalpopoca.

Maximiliano miró a lo lejos, entre el aire clarísimo, dentro de un noble silencio tendido como un manto



Monumento a Cuauhtémoc

sobre la ciudad. En torno del Castillo y del Bosque, las grandes haciendas de los Morales, del Cebollón, el rancho de la Hormiga. Más allá, la Teja, y el verdor húmedo, vigoroso, del ejido. Espejos rotos y dispersos encharcaban, entre copudos árboles, otros rumbos de la ciudad. Por ejemplo: hacia el Paseo Nuevo, cuya recta, como una cicatriz, trazaba el camino más corto entre la estatua de ese Borbón ventruado, Carlos IV, y la garita de Belén.

Para llegar a ésta, había que recorrer todo el largo de la calzada del acueducto, con sus anchos 904 arcos: con los pasos que ellos parecían dar mientras –el agua al hombro, manada en la dulzura de la fuente de Nezahualcóyotl–, llegaba a verterla en la fuente del Salto del Agua. (De esos arcos, nos quedan .20, para muestra).

En la garita de Belén se podía doblar a la izquierda para entrar, por el Paseo de Bucareli, hasta la dichosa estatua; y luego, hacia Palacio, o la derecha y todo recto por la calzada del Calvario, Corpus Christi, San Francisco y Plateros.

Hubo otra vía, también frecuentada por el emperador: siempre a lo largo de un acueducto; pero ésta, por la Verónica, del que había empezado a ver derribados sus mil arcos en 1851, y vería caer el último en 1889. En su recorrido: doble portador de agua delgada de Santa Fe y gorda de Chapultepec, este acueducto vertía agua en lo hermosa fuente de la Tlaxpana (de que no queda rastro), seguía por San Cosme, Puente de Alvarado, San Hipólito... hasta la fuente o caja repartidora de La Mariscal.

Pero por cualquiera de los dos caminos hacia Palacio, siempre surgía, como el eje manco de un imaginario compás, la estatua de Carlos IV, puesta ahí desde una docena de años antes, y ahora –en 1864– referida como principio y límite del Paseo de Bucareli.

A Maximiliano se le encendió, de pronto, el foco. Trazó con la azul mirada una línea recta de la terraza a la estatua y visualizó una calzada ancha, arbolada, por la cual cabalgar, o recorrerla o bordo de la imperial carroza; cortando, acortando el camino para ir directamente

de la oficina a casa, de casa o la oficina; sin rodear por las garitas; ni de Belén, ni de San Cosme; de Chapultepec al que ya entonces tenía acreditado su nombre de Zócalo.

Pensó en Carla. Se llamaría calzada de la Emperatriz. A ella estaría dedicado este regalo que Maximiliano hacía a la ciudad: a Carla, tan amante del aire libre y saludable de los jardines; que cultivaba el pequeño suyo con plantas raras en Palacio; que se ocupaba en hermostrar la Alameda y en explorar, desbrozar, conocer, disfrutar el Bosque de Chapultepec. Como en Viena, como en París... Maximiliano prefiguró una calzada, un paseo que eventualmente supliría al muy descuidado de Bucareli: con glorietas rítmicamente espaciadas, con fuentes en ellas.

Lo que Maximiliano oteaba desde su terraza eran los “pedazos de tierra” configurados en diversas escrituras desde los tiempos de Cortés con esa vaga denominación: ejidos en general de la ciudad para que en ellos pastase el ganado, se cultivasen granos, y eventualmente creciera la capital de la Nueva España. Ya en el siglo independiente, el 17 de julio del muy constitucional año de 1824, el H. Ayuntamiento había alquilado “a censo enfiteúatico” por cinco años y a razón de 1,555 pesos anuales, los ejidos llamados de la Verónica, que comprendían el potrero de la Horca. Júzguese de la extensión de tal potrero al considerar que tenía por límites: al Oriente, el Paseo de Bucareli; al Poniente, el rancho de la Casa Blanca y el de los 11,000 árboles; al Norte, la calzada para el guarda del Calvario y su prolongación al rancho de San Rafael; y al Sur, el potrero de Atlampa y los cuartos y la calzada de la Teja.

Al potrero de la Horca iban a hacer ejercicios los soldados; y como ello acarrearba perjuicios al arrendatario don Ignacio Vega, éste obtuvo una rebajita de 400 pesos anuales en el alquiler del ejido, de suerte que quedó en pagar ya no 1,555, sino 1,155.

Como tampoco pagó esta renta, a los tres años de su morosidad: el 27 de octubre de 1827, el Ayuntamiento

transfirió el usufructo del ejido a don Manuel Silva ya en 3,660 pesos anuales. Tampoco cumplió el hombre; y en 1852, apareció por ahí don Francisco Arbeu, a punto de construir el Teatro Iturbide (sede actual de la H. Cámara de Diputados) con 5,850 pesos de rentas atrasadas del potrero, que el gobierno le proporcionó. Para no hacer más largo el cuento (pues aún podría citarse que en tan grande extensión de terreno, en un tris estuvo que se construyera la Penitenciaría, ya que quedaban relativamente cerca la Acordada y la Junta de Cárceles), el dueño con quien tuvieron que tratar los funcionarios de Maximiliano para la adquisición de la faja necesaria para el trazo de la Calzada, fue don Francisco Somera.

Pero ¡hay!- no hubo tiempo de más que realizar el trazo elemental de la calzada. Como una pesadilla, todo se derrumbó de pronto: Carlota ausente, Bazaine prácticamente fugitivo, Juárez irreductible, inasible. Y finalmente, el Cerro de las Campanas. Los fantasmas de Carlota y de Max se ausentaron de Chapultepec. Quien ahora, desde el 12 de junio de 1867, se asomaba a la terraza donde Maximiliano había sonado, era el indio Benito Juárez. Calladamente instalado en Chapultepec mientras sus partidarios organizaban su entrada triunfal en la ciudad, dictaba, corregía, pulía la “proclama” que culminaría su ritorna vincitor el 15 de ese mes. El camino escogido por el Benemérito fue, lo hemos repetido, por la calzada del Acueducto hasta la garita de Belén, desfile por el Paseo de Bucareli hasta la estatua, vuelta en Patoni, alto frente a Corpus Christi para escuchar discursos ya prologados por los que oyó frente al altar de la Patria al extremo de Bucareli, y sacudir un poco de flores lo carroza colmada. Un alto breve; pero suficiente acaso para hacerle intuir que cuarenta y tres años más tarde, ya vuelto mármol impoluto: sentado al centro de un hemicírculo, seguiría escuchando discursos y recibiendo guirnaldas. Sí; ahí, en la Alameda, la Junta Patriótica había dispuesto para esa tarde una comida popular para obreros y soldados y artesanos: para tres mil de ellos. Los inspectores de los cuarteles habían oportunamente

repartido las invitaciones entre sus vecinos. Lo malo es que era temporada de lluvias; y el gran banquete no pudo celebrarse. Un aguacero formidable acudió en mala hora a aguar la fiesta.

Nuevamente tranquilo, el H. Ayuntamiento de la ciudad de México no podía menos que llevar adelante la construcción de una calzada cuya utilidad como vía directa de comunicación con el centro: no sólo desde Chapultepec, sino desde Tacubaya, Tacuba, Azcapotzalco, era evidente. Lo era también que aquella calzada propiciaría la erección de “colonias” nuevas, como con la francesa había ocurrido al fundarse por el Paseo de Bucareli. Ya se empezaban a manifestar tales posibilidades con la “colonia de los Arquitectos”, más tarde San Rafael. Lo que no era posible ni tolerable ni concebible ni admisible, es que aquella calzada o paseo llevara el nombre del emperador o de la emperatriz. Podría haberse llamado Juárez; pero este nombre ya se había impuesto a todo lo que hoy conocemos por su avenida, desde el día en que triunfalmente la recorrió. Pero Reforma, eso sí. Sonaba bien. Por un lado, reformaba las intenciones del pseudo emperador; y por otro, darle ese nombre de la Reforma honraría y recordaría para siempre a las Leyes de Reforma. No había más que hablar. Había nacido el Paseo de la Reforma.

Don Ignacio Cumplido (1811-1887) merece cuantos se tributen a su buen gusto, laboriosidad, altruismo, amor patrio y servicios a la cultura mexicana desde los periódicos que a los dieciocho años de su edad comenzó a imprimir (El Correo de la Federación, al que siguieron El Fénix de la Libertad, El Atleta; y nada menos que El Siglo XIX), hasta sus finas ediciones de El museo mexicano, La ilustración mexicana y el Presente amistoso para las señoritas mexicanas. Gran tipógrafo, se comprende bien que en 1873 y como regidor de Paseos del H. Ayuntamiento, se haya propuesto dar, tanto a la Alameda cuanto al naciente Paseo de la Reforma, encuadramientos refinados, bellas márgenes, hermosas capitulares y viñetas, guardas y pastas, cantos dorados y tejuelos;

y que se esforzase en purgar ambos paseos de las erratas vegetales que los afeaban.

Durante los cinco años que Juárez sobrevivió a Maximiliano, su gobierno no puso mano a la continuación del Paseo, ni él volvió a visitar a Chapultepec. Pero a su sucesor don Sebastián sí le gustaba darse allá sus week-ends, y el Paseo le debe la ampliación que a ambos lados le impuso, el arbolado de que se encargó don Ignacio Cumplido, y la gestión amistosa para que don Antonio Escandón –su anfitrión en la inauguración del Ferrocarril Mexicano el 1 de enero de 1873– hiciese a la ciudad el obsequio del monumento a Colón.

Los Escandones eran lo que se dice rumbosos, y se entiende en nuestros días por aventados o acelerados. Don Manuel, orizabeño, nacido con interrogación en 1820, y negociante por vocación, adquirió en 1848 acciones del Mineral de Real del Monte en sociedad con su hermano Antonio y con Nicanor Béistegui; y les fue de perlas. Pero es más: en 1833 (¿a los 13 años? Bueno; la gente de antes era precoz) había rescatado de manos norteamericanas la primera línea de Diligencias México-Veracruz, y consumado la hazaña (que Altamirano le encomió, y por la cual proclamó “digno de la estatua que le consagrará la posteridad”; y en efecto: con tal hermosa estatua de mármol tropezaron en el edificio del Ferrocarril Mexicano cuando empezaron a demolerlo. Rechazada por sus descendientes, la obra de arte –un poco deteriorada por el mal trato, pero restaurable– fue a dar al puesto de vejstorios del Chacharitas en la Lagunilla; consumada la hazaña, digo, de conducir personalmente la primera diligencia de la capital a Puebla. En ese negocio de las diligencias, colaboró eficazmente con el diligente Zurutuzu. Para acabar con don Manuel: fue propietario de la hermosa casa llamada de los Perros en la plazuela de Guardiola: obra última de don Lorenzo de la Hidalga, quien falleció de la pulmonía contraída en las humedades y fríos de la construcción en proceso en 1872.

Pero yo de quien iba a hablar es de su hermano don Antonio, nacido en Puebla, ese sí con certeza, en 1824.

Porque fue don Antonio quien dio al Paseo de la Reforma su primer gran adorno y el monumento más importante: el consagrado a Colón, digno de continuar la serie iniciada por Carlos IV y de anteceder a los que le seguirían: Cuauhtémoc (1887) y la Columna de la Independencia (1910).

A lo menos desde 1873 ya se traía entre manos el monumento don Antonio; pues en enero de ese año, el escultor francés Enrique Carlos Cordier le envió presupuesto por 20,000 francos –que habrá sido entonces suma caudalosa. Luz verde. Cuatro años más tarde: en agosto de 1877, se inauguraban monumento y –oficialmente– Paseo de la Reforma. Ver Nápoles y morir. Don Antonio contempló su monumento –y dio el espíritu; “quiero decir que se murió”.

Entre el monumento a Colón y el de Cuauhtémoc, median diez años. El relativamente hispanófobo don Vicente Riva Palacio, ministro de Fomento, propuso lo erección del monumento al todavía entonces no joven abuelo, y encargó el proyecto a don Francisco Jiménez, fallecido antes de concluirlo. Termináronlo Miguel Noreña y Gabriel Guerra, escultores; y con bajorrelieves en los costados norte y sur –con escenas de la Conquista– y los nombres de Cuitláhuac, Coanacoch, Cacama y Tetelepanquetzal; y custodiado todo ello por leopardos que modeló don Epitacio Calvo, Cuauhtémoc empuña su jabalina y tolero danzantes y discursos todos los 13 de agosto, desde que el 21 de agosto de 1887 se inauguró su monumento.

Tan sonado homenaje despertó, desató, abrió una repentina y caudalosa oleada de mexicanismo escultórico que alcanzó el orgasmo con un par de estatuas de 5.90 mts. de altura, 4 toneladas de peso y costo de 80,000 pesos, colocadas a la entrada del Paseo de la Reforma el 16 de septiembre de 1891. Su autor, Alejandro Casarín, reveló que representaban a Ahuítzotl y a Itzcóatl. Los periódicos El Tiempo (23 de sept.) y La Opinión tupieron críticas adversas a aquellas estatuas, que en nuestro tiempo aún podemos admirar; pues

conocidas como Los Indios Verdes, custodian la entrada a México de la carretera a Laredo, después de haber residido en el Paseo de La Viga, que trocaron por el de la Reforma en 1902. Costo de la mudanza: \$ 2,005.00.

En esos diez años, el Paseo, bordeado originalmente por acequias y eucaliptus altísimos; grandes terrenos pantanosos y casas de madera, vieron empezar a desercarse los predios en que construyeron poco a poco grandes mansiones los “cuics” de la época: Manterola, Scherer, Solórzano, Braniff, Aburto. Un tranvía, primero de mulitas y luego eléctrico, recorría el Paseo hasta Chapultepec; y se abrieron a lo largo de la calzada campos deportivos y pensiones de caballos.

Pero no nos alejemos tan pronto del monumento a Colón. Al sur del cual, y hasta el vecino Paseo de Bucareli, remojaba placenteramente a las familias la alberca fundada con bajios turco-romanos y beneficios hidroterápicos por don Sebastián Paredes de 1864. Dentro de un momento, me propongo ceder un poco la palabra a un testigo fehaciente de las bellezas del rumbo: el Duque Job, para que me auxilie en su descripción; pero no sin antes fechar en el 3 de marzo de 1889, hermosa obra arquitectónica de don Emilio Dondé, el famoso Café Colón –tan ligado a la historia política de México. Otro café competidor se abrió en la alberca Pane en 1894.

Y ahora, escuchemos al Duque Job. El artículo suyo que me atrevo a limpiar de paja, se llama “Puertas de Sol” y en los párrafos que me interesan, dice: “Pasead a esas horas por la calzada de la Reforma, si no podéis alejaros más de la ciudad. ¿No habéis observado cómo las ciudades marchan rumbo a Occidente?... México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores... ¡Cómo brotan casas en esa calzada de la Reforma! ¡Cómo va dejando la ciudad a los pobres, parecida a la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia! La lechuga vive en la Merced, la flor en San Cosme; lo que en los barrios del Oriente es canasta, es

cesto en los del poniente. Pronto, sin duda, México se unirá a Tacubaya, que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa en el corpiño. Ya no sólo van los carruajes elegantes camino del Oeste; también se van las estatuas, se va el arte, como huyendo de la Academia de San Carlos, que está muy al Oriente... ¡pero muy al Oriente!

“Id a disfrutar de estas hermosas puestas de sol en la Reforma, o id de mañana, cuando el calor no habla aún en voz alta. En la mañana, los alemanes, los franceses, los yankees, son los que más frecuentan la calzada. Allá va el comerciante en su caballo, haciendo provisión de oxígeno para no asfixiarse en la oscuridad del almacén. Allá va el diplomático en su faetón o en su buggy de ruedas coloradas. Allá va la amazona con su largo vestido gris o negro y su lazo de seda azul en el sombrero... El noble perro de casa rica, con su collar y su cadena de luciente acero... las que vuelven de la alberca, frescas, risueñas, con el pelo suelto... La miss recién llegada, con su enorme ramo de botones de rosa sobre el pecho... Un viejo inglés leyendo en una banca su periódico... Y en medio de la calzada, el carro que lleva un gran barril acostado, porque se bebió a sí mismo y está ebrio, dando un baño de regadera a la reseca tierra.

“Por las tardes, esa pequeña faja trazada por el Café de Zepeda, parece como desprendida de parisiense boulevard. Los últimos rayos del sol, como tomando las últimas copas para irse a dormir de buen humor, se disputan los vasos y pagan, convirtiendo en topacio la cerveza, en oro el cognac, el absinto en esmeralda, y la grosella, la más inocente de las bebidas, en rubor.

“ Por qué no bajan las señoras de sus coches? ¿Por qué algunos hombres van solos en los suyos? ¿Van a que los veamos? No queremos. ¿No tienen amigos? ¿Quiéren ir a solas con su vanidad? Si son poetas, soñadores, en busca de soledad y de silencio, ¡que se vayan al Bosque!

“Y en los landós, en las duquesas y victorias, pasa la hermosura envuelta en polvo de oro... Hasta que el globo rojo del sol queda enredado en las ramas de los

ahuehuetes, y las pupilas se apagan y los focos de luz eléctrica se encienden”.

Luego de esta inmersión en la poética prosa del Duque Job, reanudemos la prosaica reseña de un Paseo de la Reforma cuyas dos primeras grandes estatuas inspiraron al siempre iniciativo don Francisco Sosa la persuasión de que el arte, la historia, la justicia: todos saldrían ganando con que a lo largo del Paseo y a ambos lados, se erigiesen estatuas que aparte embellecerlo, honrasen por pares a personajes eminentes de los estados de la República.

Don Francisco Sosa (1848-1925) era un biógrafo furibundo. Gordo es el tomo que su nunca ociosa pluma nutrió con biografías de Mexicanos distinguidos de todos los tiempos. No es raro pues que haya deseado hacer públicas en el Paseo en que pudiesen alzar la mirada para verles, las biografías en bronce o mármol que propuso en las columnas de El Partido Liberal al mes siguiente de la inauguración del monumento a Cuauhtémoc, o sea en septiembre de 1887. Alegaba don Pancho que “por muy grande que fuese la voluntad del gobierno federal para terminar por sí sola las obras de ornato que demanda un paseo de la magnitud del de la Reforma, necesitaría emplear grandes sumas y muchos años” para conseguirlo; mientras que si a cada estado se le abría la oportunidad de cooperar para el cilindro, la realización sería fácil y rápida. Dos condiciones, para evitar favoritismos: sólo muertos convenientemente consagrados; y sus efigies, todas de tamaño natural.

Al digamos interinato de don Manuel González había cabido la honra de inaugurar la estatua de Cuauhtémoc. A don Porfirio le correspondió facilitar a los estados la instalación de sus prohombres con costear los pedestales de piedra en que se elevasen, sobre los dos metros 22 centímetros de pedestal, el metro 78 centímetros que en promedio (una vez encogidas por resecaedad las vértebras después de los cincuenta) se asumía que midieran los beneficiados.

A los C.C. gobernadores les pareció bien. El de Chihuahua fue el primero en comunicar su aprobación; y

con su corta y las de sus colegas de Guanajuato, Jalisco, Michoacán y Yucatán, don Pancho fue a ver al oficial mayor de Fomento, y su proyecto se puso en marcha. Era el 20 de septiembre de 1887.

Pero el gobierno del Distrito les madrugó a todos, a todos les puso el ejemplo. El 5 de febrero de 1889, a las nueve de la mañana y con asistencia de don Porfirio, acordes de dos bandas militares, arenga de don Alfredo Chavero y poesía por don Manuel Puga y Acal, fueron inauguradas a la entrada del Paseo: al lado izquierdo, la estatua de Leandro Valle; y al derecho –¡él, tan izquierdista!– la de Ignacio Ramírez, oportunamente fallecido (para efectos de su consagración estatuaria) en 1879. Ambas estatuas fueron obra del escultor Primitivo Miranda. Las había fundido Noreña –el de Cuauhtémoc– y lucían: don Leandro, traje mixto de militar y civil; el Nigromante, traje moderno. Cada uno pesaba 18 arrobas; y dando el bronce el gobierno del D. F., todavía costaron 5,000 pesos.

El Duque Job –fallecido en 1895– alcanzó a comentar en El Partido Liberal del domingo 10 de febrero estas “Dos Estatuas”, y a encomiar en su artículo a los personajes que representaban, así como a exaltar el hecho de que el Paseo siguiera embelleciéndose.

Larga es la lista de las demás estatuas de la Reforma, cuyo detalle y más amplia biografía nutrieron el libro de ese título publicado en 1900 por don Francisco Sosa. Veracruz erigió las estatuas del doctor Rafael Lucio y de Miguel Lerdo de Tejada; Yucatán, las del general Manuel Cepeda Peraza y don Andrés Quintana Roo; Hidalgo, las de Nicolás García de San Vicente y Julián Villagrán; Sonora, las del general Ignacio Pesqueira y su colega Jesús García Morales; fray Servando y el general Juan Zuazua fueron costeados en efigie por Nuevo León; don Carlos María de Bustamante y el general Antonio León, por Oaxaca; el general Mariano Jiménez y don Ponciano Arriaga, por San Luis Potosí; el general Donato Guerra y Manuel López Cotilla, por Jalisco; Guadalupe Victoria y Francisco Zarco, por

Durango; el general Manuel Ojinaga y su colega Esteban Coronado, por Chihuahua; Coahuila costeó a don Juan Antonio de la Fuente y a don Miguel Romos Arizpe; Tabasco, a J. E. Cárdenas y el coronel Gregorio Méndez; Aguascalientes, a Primo de Verdad y José María Chávez; Guerrero, a Hermenegildo Galeana y Leonardo Bravo; Sinaloa, al general Antonio Rosales y a Ramón Corona; Michoacán, a Ignacio Rayón y Francisco Manuel Sánchez de Tagle. Entre 1889 y 1899 –diez años– hubo instalaciones con ceremonia, de preferencia los 5 de febrero y los 15 de septiembre. Asigno al lector la tarea de recorrer, reconocer, ubicar las estatuas, y apuntar las respectivas fechas de su inauguración. “Aún hay sol en las bardas” –y espacio en la Reforma para más estatuas estatales cuyo tamaño natural ha anulado la acromegalia de los edificios que han convertido en calle o avenida el Paseo de la Reforma.

La columna de la independencia

Erigir un monumento a la Independencia fue vieja idea que mi general o alteza serenísima don Antonio López de Santa Anna concibió desde que en funciones de presidente de la República, se asomaba por los balcones de Palacio a la Plaza de la Constitución (de 1812) y la miraba vacuo, esquinada por el bullicio del Parián. Qué tal si mandara tirar ese mercado; pasarlo aquí, al Volador; y así despejada la Plaza, en su ombligo plantar una airosa, esbelta columna de homenaje a la Independencia. “Juega” –se dijo a sí mismo el jugador don Antonio López de Santa Anna–; “Juega el gallo.”

Los profesores de la Academia de San Carlos acordaron en junta cómo debía ser el monumento: una columna honoraria colocada sobre un pedestal, revestida de mármol con adornos de bronce dorado; y coronando el todo, una estatua de bronce.

Por dentro, una escalera de caracol hasta la estatua; y en las caras del pedestal, bajorrelieves con temas de las acciones que condujeron a la Independencia. Juega. Se abrió concurso, con 300 pesos de premio al mejor

proyecto. Doce se presentaron. Los académicos aprobaron el de un tal Mr. Griffon. Pero Santa Anna discrepó. Le gustó más el de don Lorenzo de la Hidalga, casado con una hermana de don Joaquín García Icazbalceta. Era un bueno; tan bueno como ese Tolsá de quien tanto hablaban; y prácticamente, mexicano. Al pueblo le caería bien que se prefiriese a un mexicano. Él había construido aquí nomás, a la vuelta, la cúpula de Santa Teresa la Nueva. Y el presidente le había encargado la construcción de un buen teatro: el Teatro Santa Anna. Decididamente: abajo Parián y adelante con el monumento encargado –1843– a don Lorenzo de la Hidalga.

De suerte que la indispensable primera piedra fue colocada con la mayor solemnidad el 16 de septiembre de ese año. No asistió el presidente: pero en su nombre y representación, los ministros de Relaciones, Justicia, Hacienda, empuñaron cucharas de albañil y fijaron el bloque de mármol con un hueco dentro del que se había metido una caja de zinc que contenía: el decreto



Ángel de Independencia

que ordenó la erección del monumento; el Diario Oficial con el programa de la solemnidad; un calendario de 1843; dos medallas de plata y una de cobre especialmente troqueladas para el objeto, y una moneda de cada clase: oro, plata y cobre, acabadas de emitir en la Casa de Moneda. Excavar a media plaza para dar cimiento a la columna había hecho brotar agua a las tres varas de profundidad, y dificultado muchísimo la obra y la instalación de las 1,974 estacas de cedro traídas de Río Frio a 18 reales cada una: \$ 4,441 con 4 reales. Pero en fin: ahí quedó el basamento o zócalo, con una altura de dos varas sobre el nivel de la Plaza: firmemente asentado, pero sin avanzar. La plaza del Zócalo. Hasta la fecha.

Santa Anna se fue, volvió, extinguióse. Nadie volvió a hablar del monumento, sobre cuyo zócalo se plantó en 1859 un humillante farol, y luego una caja acústica. Hasta que a Maximiliano se le ocurrió que el mármol hacinado por los lambiscones para erigir en honor de Carlota un “arco” más perdurable que los de cartón y tramoya con que fueron sus majestades recibidas: ese mármol, podría mejor emplearse en un monumento a la Independencia. Tampoco eso se le hizo a Maximiliano.

Le fue pues reservado al don Porfirio monumental del siglo XX a que alcanzó a asomarse, cumplir el sueño antiguo de sus predecesores, y darse el gusto de inaugurar el 16 de septiembre de 1910 y como parte culminante de las celebraciones del Centenario de la Independencia, la Columna, casi al mismo tiempo que el Hemiciclo a Juárez.

Las fiestas del Centenario fueron previstas con antelación y pericia. La primera piedra –la indispensable primera piedra– fue colocada desde 1902 por don Porfirio, para dar tiempo a don Antonio Rivas Mercado –director de la Academia– y a los ingenieros Garita y Gayol, de cimentar, mandar esculpir, construir, elevar y dar cima a tiempo a la columna, con las dificultades que expondría en su informe, una columna que venía a sumarse a las que otras grandes metrópolis consagran a sus héroes. Al informe del arquitecto, siguió el discurso oficial encar-

gado a la reconocida elocuencia de don Miguel S. Macedo, subsecretario de Gobernación. Y como postre: antes que don Porfirio ascendiera con una firmeza que don Genaro García subraya en su Memoria de las fiestas, a declarar inaugurado el monumento, cundió en voz bola el rumor: Díaz Mirón... es Díaz Mirón... Sí, Salvador Díaz Mirón, el que puso verde Puga y Acal ¿no has leído el libro? Es veracruzano y muy bravo. Y Díaz Mirón, erguido, melena al viento, se llegó a la tribuna, tosió, miró en torno, alzó mano y mirada y se arrancó con la declamación de la Oda que destinaba “al buen Cura”:

“¡Hidalgo! No por ducho
 excito el astro; que a tu noble hazaña
 adeudo un himno; y en el habla lucho
 por hacerlo con maña;
 y concierto mi voz, que ni con mucho
 parece digna de ocasión tamaña”.

Y por ahí siguió la cosa. En la Memoria de que copio estos versos, dice “excito el astro”; debe ser errata por “astro”; y así la enmiendo.

Con aquella ceremonia y el monumento, el Paseo de la Reforma daba hacia Chapultepec su paso más largo e importante. A partir de la glorieta de Cuauhtémoc, se saltaba una tercera de las cinco previstas (la que sigue vacante entre Rhin y Niza, en espera de que algún guapo la reclame para sí: por ejemplo, Zapata, o Villa, aunque estos ya tienen su merecido en otras glorietas de la ciudad), y llenaba gloriosamente la cuarta glorieta.

De estatuas y glorietas de la Reforma, ya sólo nos resta mencionar la que da mero enfrente de la entrada de Chapultepec, con los leones escapados del circo a que originalmente se destinaban: la que llaman de la Diana, obra de Juan Olaguíbel inaugurada en púdicos calzoncillos y brassieres que perdió en repentino strip-tease no hace ni diez años. Duró púdica desde los cuarentas, cuando gobernaba al Distrito Federal don Javier Rojo Gómez, y al país, el creyente presidente don Manuel Avila Camacho. ■